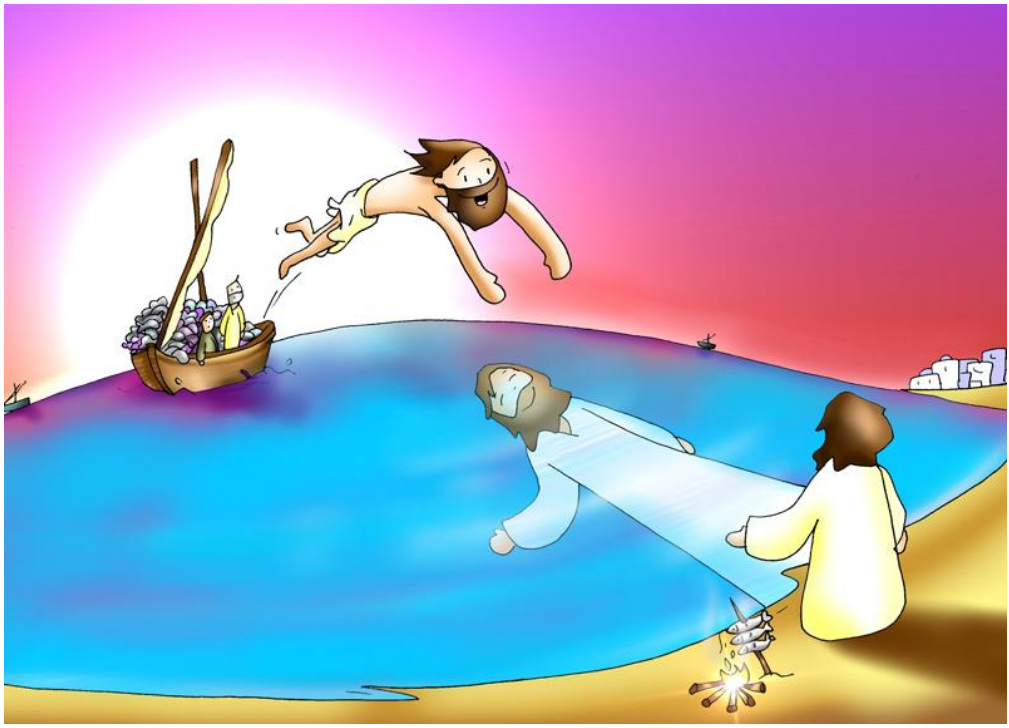
DOMINGO 3º DE PASCUA "C



¡Salgamos a vivir!
Es la hora de afrontar la vida,
de tallar la piedra
y modelar el barro.
de cuidar las flores
y saborear los frutos,
y de dejarse ceñir la cintura.

¡

PRIMERA LECTURA.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 5, 27b—32. 40b—41

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: «¿No os habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de ése? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.»
Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.»
Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús.

SALMO RESPONSORIAL. Salmo 29.
Antífona: **Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.**

Te ensalzaré, Señor, porque me has librado
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí. Señor,
sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa.

Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo;
su cólera dura un instante, su bondad, de por vida;
al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo.

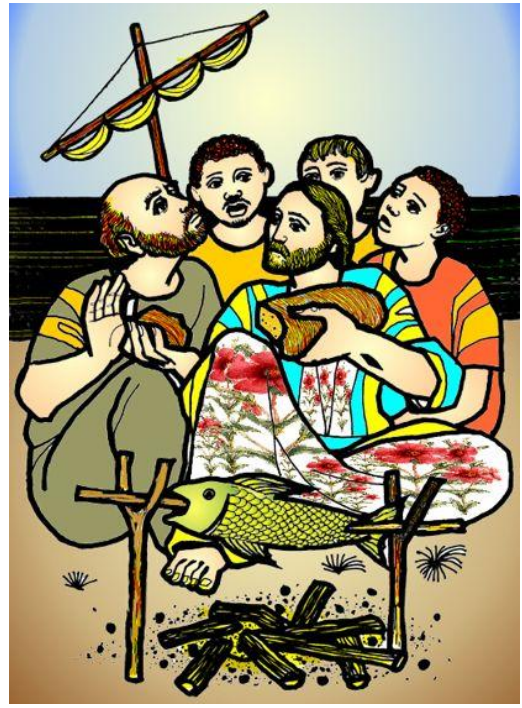
Escucha, Señor, y ten piedad de mí; Señor, socórreme.
Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre.

SEGUNDA LECTURA.

Lectura del libro del Apocalipsis 5, 11—14

Yo, Juan, en la visión escuché la voz de muchos ángeles: eran millares y millones alrededor del trono y de los vivientes y de los ancianos, y decían con voz potente: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.»
Y oí a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar —todo lo que hay en ellos—, que decían: «Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos.»
Y los cuatro vivientes respondían: «Amén.»
Y los ancianos se postraron rindiendo homenaje.

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1—14 (Breve)



En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.
Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar.»
Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo.»
Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.
Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?»
Ellos contestaron: «No.»
Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.»
La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: «Es el Señor.»
Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces.
Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger.»
Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.
Jesús les dice: «Vamos, almorzad.»
Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.
Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.
Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

¿ME AMAS?

Esta pregunta que el Resucitado dirige a Pedro nos recuerda a todos los que nos decimos creyentes que la vitalidad de la fe no es un asunto de comprensión intelectual, sino de amor a Jesucristo.

Es el amor lo que permite a Pedro entrar en una relación viva con Cristo resucitado y lo que nos puede introducir también a nosotros en el misterio cristiano. El que no ama apenas puede «entender» algo acerca de la fe cristiana.

No hemos de olvidar que el amor brota en nosotros cuando comenzamos a abrirnos a otra persona en una actitud de confianza y entrega que va siempre más allá de razones, pruebas y demostraciones. De alguna manera, amar es siempre «aventurarse» en el otro.

Así sucede también en la fe cristiana. Yo tengo razones que me invitan a creer en Jesucristo. Pero, si lo amo, no es en último término por los datos que me facilitan los investigadores ni por las explicaciones que me ofrecen los teólogos, sino porque él despierta en mí una confianza radical en su persona.

Pero hay algo más. Cuando queremos realmente a una persona concreta, pensamos en ella, la buscamos, la escuchamos, nos sentimos cerca. De alguna manera, toda nuestra vida queda tocada y transformada por ella, por su vida y su misterio.

La fe cristiana es «una experiencia de amor». Por eso, creer en Jesucristo es mucho más que «aceptar verdades» acerca de él. Creemos realmente cuando experimentamos que él se va convirtiendo en el centro de nuestro pensar, nuestro querer y todo nuestro vivir. Un teólogo tan poco sospechoso de frivolidades como Karl Rahner no duda en afirmar que solo podemos creer en Jesucristo «en el supuesto de que queramos amarlo y tengamos valor para abrazarlo».

Este amor a Jesús no reprime ni destruye nuestro amor a las personas. Al contrario, es justamente el que puede darle su verdadera hondura, liberándolo de la mediocridad y la mentira. Cuando se vive en comunión con Cristo es más fácil descubrir que eso que llamamos «amor» no es muchas veces sino el «egoísmo sensato y calculador» de quien sabe comportarse hábilmente, sin arriesgarse nunca a amar con generosidad total.

La experiencia del amor a Cristo puede darnos fuerzas para amar incluso sin esperar siempre alguna ganancia o para renunciar –al menos alguna vez– a pequeñas ventajas para servir mejor a quien nos necesita. Tal vez algo realmente nuevo se produciría en nuestras vidas si fuéramos capaces de escuchar con sinceridad la pregunta del Resucitado: «Tú, ¿me amas?».

José Antonio Pagola

EST-CE QUE TU M'AIMES?

Cette question que le Christ ressuscité adresse à Pierre rappelle à nous tous qui nous disons croyants que la vitalité de la foi n'est pas une question de compréhension intellectuelle, mais d'amour pour Jésus-Christ.

C'est l'amour qui permet à Pierre d'entrer dans une relation vivante avec le Christ ressuscité et qui peut nous faire entrer nous aussi dans le mystère chrétien. Celui qui n'aime pas peut difficilement «comprendre» quoi que ce soit à la foi chrétienne.

Nous ne devons pas oublier que l'amour jaillit en nous lorsque nous commençons à nous ouvrir à une autre personne dans une attitude de confiance et de don de soi qui va toujours au-delà des raisons, des preuves et des démonstrations. D'une certaine manière, aimer, c'est toujours «s'aventurer» dans et avec l'autre.

C'est également le cas dans la foi chrétienne. J'ai des raisons qui m'invitent à croire en Jésus-Christ. Mais si je l'aime, ce n'est finalement pas à cause des données fournies par les chercheurs ou des explications que me proposent les théologiens, mais parce qu'il éveille en moi une confiance radicale en sa personne.

Mais il y a autre chose. Lorsque nous aimons vraiment une personne en particulier, nous pensons à elle, nous la cherchons, nous l'écoutons, nous nous sentons proches d'elle. D'une certaine manière, toute notre vie est touchée et transformée par elle, par sa vie et son mystère.

La foi chrétienne est «une expérience d'amour». Par conséquent, croire en Jésus-Christ est bien plus que d'«accepter des vérités» à son sujet. Nous croyons vraiment en Lui lorsque nous expérimentons qu'il devient le centre de notre pensée, de nos désirs et de toute notre vie. Un théologien aussi peu suspect de frivolité que Karl Rahner n'hésite pas à affirmer que nous ne pouvons croire en Jésus-Christ que «dans la mesure où nous voulons l'aimer et où nous avons le courage de l'embrasser».

Cet amour pour Jésus ne réprime ni ne détruit notre amour pour les autres personnes. Au contraire, c'est précisément ce qui peut lui donner sa véritable profondeur, en le libérant de la médiocrité et du mensonge. Lorsque nous vivons en communion avec le Christ, il est plus facile de découvrir que ce que nous appelons «amour» n'est souvent rien d'autre que «l'égoïsme raisonnable et calculateur» de ceux qui savent se comporter habilement, sans jamais prendre le risque d'aimer avec une totale générosité.

L'expérience de l'amour du Christ peut nous donner la force d'aimer même sans toujours attendre un quelconque bénéfice ou de renoncer –au moins parfois– à de petits avantages afin de mieux servir ceux qui ont besoin de nous. Peut-être que quelque chose de vraiment nouveau pourrait se produire dans nos vies si nous étions capables d'écouter sincèrement la question du Christ ressuscité: «Est-ce que tu m'aimes?».

José Antonio Pagola Traducteur: Carlos Orduna